



"El Mercantil Valenciano", 26 diciembre 1923

Lo de Grecia

No creemos que haya hoy entre los movimientos revolucionarios de la trasguerra ninguno más interesante que el que se viene desarrollando en Grecia, en la tierra que fué siglos hace el solar de la democracia modelo, la ateniense. Atico y democrático viene a ser lo mismo.

La revolución griega es una consecuencia de la actitud que adoptó frente a Venizelos aquel cuñado del kaiser Guillermo que fué el rey Constantino, hombre falaz y doble. Constantino era germanófilo, no por su parentesco con el kaiser tedesco, no por estar casado con una hermana de éste, sino porque creía en la invencibilidad de Alemania — el aplomo de su cuñado le engañó,— y más propiamente porque sentía que en la guerra se jugaba el porvenir de las monarquías todas—incluso las de los aliados,— más aún de las mal avenidas con el régimen constitucional, de las que tendían al imperialismo absolutista.

En éste vió bien, o mejor le hizo su cuñado ver bien, Constantino. Ya Guillermo Ferrero, con su acostumbrada sagacidad, ha dicho que la victoria de los aliados ha significado la crisis del régimen monárquico. Después de esa victoria las monarquías tienen que hacerse o absolutas o acabar, más pronto o más tarde, por desaparecer. La híbrida concepción de una monarquía constitucional se ha hecho imposible después del Tratado de Versalles. Y si aun subsisten monarquías constitucionales entre los pueblos vencedores, Inglaterra, Bélgica, Italia, Serbia, se debe al respeto que se guarda a sus respectivos monarcas. Pero ese régimen híbrido y confuso y contradictorio está llamado a desaparecer en muy corto plazo.

Fué, pues, el monarquismo de Constantino—y no todos los reyes creen en la monarquía—el que le inclinó del lado de su cuñado, y fué su imperialismo el que le hizo favorecer a los imperiales. Apoyábase en esto en una gran parte de la oficialidad del ejército heleno que soñaba

en la Gran Grecia y hasta en la conquista de Constantinopla. Y a ellos se oponía ese prudente y sagacísimo político civil, Ulises redivivo, que es Venizelos, quien con ojo claro y con pie seguro, más que con mano fuerte, guiaba la historia de su pueblo.

Constantino aborrecía, o más bien envidiaba, además, a Venizelos. El pobre descendiente de la casa danesa que se encontraba con la corona de Grecia, hecho «basilens», no podía soportar la realza natural del cretense Venizelos. Y no podía soportar el que Venizelos llevara al pueblo por los caminos de la democracia y le apartara de los escollos del imperialismo.

Las Ligas militares helénicas, las que en 1909 fundaron el coronel Torbas y el mayor Simbra Kaker, estaban de parte de los Imperios Centrales, eran constantinanas, comulgaban en el ideal monárquico imperialista de Constantino. Pero cuando llegó el caso, Venizelos, el de la vista y la marcha firmes, obligó al brazo a servir a la cabeza. Y no a la cabeza del rey, sino a la del pueblo.

Vencieron los aliados, y Grecia con ellos. Pero no le bastó esta victoria, sino que quiso la suya separada. Y se puso a guerrear, por su propia cuenta, contra los turcos. Y llegó el desastre. Después del cual el ejército helénico obliga a Constantino a abdicar y marcharse de Grecia, y después ejecuta a los ministros, a quienes reputa más responsables del desastre. Ejecución que provocó protestas de los bien enterados de las cosas. Porque los ejecutantes habían sido más responsables del desastre que no los ejecutados.

Ahora reinaba Jorge, hijo de Constantino. Ha tenido que ausentarse de Grecia, a la que se llama a Venizelos. Y Venizelos no se decide a romper del todo con el régimen monárquico constitucional. Es que el sagaz político ve que el reino de Serbia, la monarquía yugoeslava, teme un destronamiento a las puertas de casa; es que Venizelos quiere, sin duda, que resulte clara y patente, cual es la voluntad nacional del pueblo helénico.

Miguel de UNAMUNO.

